
Un encuentro con el feminismo

Entrevista con Rolando Cordera

d.f.: ¿Cuál fue tu primer encuentro con el feminismo?

R.C.: No recuerdo cuál fue mi primer encuentro con el feminismo. El que recuerdo en este momento fue en Londres, vía la revista *New Left Review*, en 66 o 67, con un artículo, creo que en dos partes para ser precisos, de una mujer que me parecía genial: Juliet Mitchell. A partir de ahí me comencé a plantear de otra manera temas que *sí* se discutían marginalmente en las izquierdas estudiantiles de aquel entonces y me empecé a dar cuenta de la densidad del tema. Luego vino el 68 y sus múltiples secuelas, una de las cuales fue el intento —por parte de mujeres que habían estado vinculadas al movimiento y que además estaban conectadas a la información internacional— de incorporarse a lo que ya en ese entonces comenzaba a ser un gran movimiento internacional, y particularmente norteamericano.

De una manera más directa conocí los primeros esfuerzos por organizar grupos, particularmente el MAS, por quien era entonces mi mujer, Antonieta Rascón, y luego por muchas de ustedes; y aunque traté de seguirles la pista, era muy difícil desde afuera porque muchos de los que tuvimos contacto con ese tipo de iniciativa pionera del feminismo moderno en México estábamos en ese entonces viviendo las primeras experiencias del post 68, tratando de definir qué hacer y por dónde hacerlo, tratando de formar una izquierda política que no fuera estrictamente estudiantil, y que al mismo tiempo le diera continuidad al movimiento como gran movimiento democrático y de masas. Pienso en las experiencias en las que yo participé, por ejemplo, *Punto Crítico*, que fue ese primer gran esfuerzo por ofrecerle a quienes de hecho habían dejado de ser estudiantes o estaban dejando de serlo, pues se estaban volviendo profesionistas, una perspectiva que fuera coherente con lo que nosotros entendíamos que había sido el movimiento y, más que nada, con lo que entendíamos que podía ser en su desenvolvimiento.

Para entonces no había duda de que el movimiento de democratización que pensábamos era desde una perspectiva de izquierda, con la ambición de que pudiera convertirse luego en una movilización socialista y revolucionaria; que derivara o no en partido, era algo que nadie tenía muy claro en ese momento. Algunos nos precipitábamos en torno a la necesidad de tener ya partidos políticos, otros eran más cautos e insistían mucho en que lo valioso de aquella experiencia era más bien la gente del movimiento, la movilización, o lo que Antonio Gershenson llamaba “el movimiento”, casi con mayúsculas, casi como dimensión universal o mítica, según se le viera.

En esos momentos surge también la experiencia del nuevo feminismo y no había tiempos de reposo, ni siquiera un tiempo intelectual propiamente dicho que tuviera la capacidad de permitirnos abordar el tema con serenidad y con madurez; además ni éramos serenos, ni éramos maduros, y creo que ustedes tampoco eran serenas ni maduras. Eso hacía muy conflictivo el tema, en la medida en que tenía como antecedente, o traía aparejada, una conflictividad en la pareja, como sucedió en mi caso. Sin embargo creo que a mí nunca se me ocurrió culpar al feminismo de mis problemas de pareja, pero era la tónica de muchos en aquella época. Claro que a eso ayudaba también el esfuerzo de aquel entonces por introducir el feminismo como un tema pertinente al pensamiento social, progresista y, particularmente, al pensamiento de la izquierda. ¿Qué quiero decir con esto? Pues que había una necesidad de afirmación que se volvía imposición, que no detectaba —aunque en el discurso sí— niveles, ni instancias, ni esperas. A fin de cuentas, “lo personal es político” llegó a implicar “todo es político, todo es feminismo”.

A mí me parece muy importante lo que se hizo y yo no tendría reproches; tampoco soy un experto, ni podría hacer una evaluación de si debería haberse hecho otra cosa, no lo sé. Se combinaba todo: el empezar a vivir un México distinto y no nos dábamos bien a bien cuenta de qué significaba eso; el empezar a vivir también claramente como adultos.

Quizás el movimiento del 68, y su inmediata secuela negra de persecución y represión, nos permitió no darnos cuenta de lo adultos que ya éramos. Éramos, de alguna manera, todavía universitarios del movimiento. Se acabó eso y se comenzó a vivir la apertura política, con la afirmación de un estado que buscó rearticular sus bases de apoyo, su propia legitimidad, sus consensos.

Vivimos —fíjate en cuán poco tiempo— lucha armada, ilusiones en torno a lucha armada, la guerra sucia y, simultáneamente, las grandes movilizaciones que a algunos de nosotros nos hicieron generar grandes expectativas: las movilizaciones obreras y populares articuladas por Galván, por un lado, y los movimientos campesinos de todo tipo que recorrieron el país a lo largo de toda la década de los años setenta. En todo eso que se dio, ahí también estaba inscrito el esfuerzo feminista.

Quizás eso fue lo que le impidió a ese esfuerzo, que estaba promovido por mujeres de clase media intelectuales, desplegar una convocatoria mucho más amplia, que fuera más allá del discurso estrictamente intelectual, internacionalizado, inscribirse en esa experiencia mayor de la sociedad mexicana, que yo he descrito como de movilizaciones, de replanteamientos, de comenzar a vislumbrar (aunque fuera inconscientemente) lo que vivimos hoy con toda claridad como el fin de un sistema político.

d.f.: Para ti, después de los años setenta ¿cuáles han sido los momentos en los que cobras conciencia del feminismo, o de un movimiento feminista, o de las feministas, y qué te han dicho estos momentos?

R.C.: Aquí mi comentario es injusto, porque no lo he seguido de cerca. Yo lo que veo es que, sociológica y políticamente, hay una mayor presencia de la mujer en la vida pública de México; sociológicamente, porque en estos últimos años comienza a incorporarse con una dinámica espectacular al mercado de trabajo y eso, como todos sabemos, tiene implicaciones en las relaciones interpersonales; políticamente, porque sobre todo en el movimiento social, que cada vez se vuelve un movimiento con implicaciones políticas muy directas e inmediatas por lo que ha ocurrido en términos de democratización del país, la mujer comienza a tener un papel muy destacado de sujeto movilizador, e incluso de liderazgo, en buena parte de lo que se llama el movimiento popular, sobre todo del movimiento popular urbano.

Por otro lado, la idea feminista, es decir, la elaboración intelectual, teórica y discursiva del feminismo la siento alejada de esa experiencia. Quizás fue muy fuerte el confinamiento que tuvo el feminismo en los setenta en esta primera oleada de movilización o quizás hay algo más que tiene que ver con el hecho de que el origen del feminismo en México fue sobre todo muy intelectual y de clase media, y ahora la mujer que aparece como actor social es principalmente la mujer de sectores populares, pero por lo menos para mí, aparentemente no hay un encuentro funcional.

Hay, desde luego, el reconocimiento y el aprovechamiento de este fenómeno por parte del feminismo, y me parece muy bien. Insisto en que su discurso no solamente tiene sentido sino que es cada día más pertinente para una sociedad como la mexicana; pero el feminismo, vuelto movimiento de masas, no lo veo en México como se dio en Europa y Estados Unidos, donde de hecho para algunos significó la gran revolución de la década de los setenta. Después de la gran revolución de los derechos civiles viene la afirmación de la mujer en todos los ámbitos de la vida pública y con implicaciones muy importantes en la organización familiar y comunitaria. Temo ser injusto y puedo ser superficial, porque no he seguido sistemáticamente esta relación entre el feminismo como iniciativa intelectual, como gran apuesta de un grupo de mujeres, y lo que pasa con masas de mujeres que se están movilizándose en México, desde el punto de vista, repito, tanto estrictamente sociológico, porque entran al mercado de trabajo y eso tiene grandes implicaciones hacia atrás y hacia adelante, como político: las mujeres que se movilizan y que incluso encabezan muchos movimientos importantes de carácter colectivo.

d.f.: Como hombre político, ¿dónde crees que ha fallado el movimiento feminista?, ¿qué le reclamarías?

R.C.: Yo creo que no ha podido nacionalizarse, como decíamos los antiguos marxistas; así como se decía "hay que nacionalizar al marxismo", "Mariátegui es el gran nacionalizador en el Perú de las ideas socialistas y marxistas". El feminismo tiene una tradición en México; la presencia de las mujeres en la lucha política, por afirmación de sus derechos y de su identidad, y con la etiqueta de feministas, es histórica. Yo creo que después del 68 hay un corte con esa tradición que, por cierto, era muy poco conocida, había pocos estudios —aunque ahora debe haber muchísimos más sobre esas cosas, pero todavía se queda a nivel de estudios. De hecho el discurso feminista se internacio-naliza muy rápidamente y quizás eso le impida recoger la experiencia concreta de México, que es una experiencia muy desafiante no sólo porque se trata de una sociedad diversa y plural, sino de una sociedad terriblemente desigual y terriblemente heterogénea.

El feminismo tendría que demostrar que su discurso es asimilable y desarrollable a lo largo, no de esta diversidad y esta pluralidad, sino a lo largo de esta desigualdad y esta heterogeneidad; y ahí creo que choca con las características de los grupos de acción feminista.

d.f.: Pero en plan de hacer una evaluación autocrítica, es bueno saber hasta dónde hemos sido capaces de “nacionalizar” al feminismo. Las circunstancias concretas que hicieron posible que fuera un fenómeno masivo en Estados Unidos y en Europa no se han dado aquí. Esa confrontación hombre-mujer de clase media en la casa por el trabajo doméstico, en México tiene el gran amortiguador de las empleadas domésticas. Por eso quizás dentro de veinte años surja ese movimiento feminista amplio.

R.C.: Eso es lo que te iba a decir. Quizás su tiempo no ha llegado, en términos estrictos de estructura social; entiendo por ésta las relaciones laborales, la forma de reproducción. Ahora que hay esta incorporación tan masiva de la mujer al trabajo quizás está emergiendo.

d.f.: Se cumplirá lo que dijo Rosario Castellanos en 1971 de que cuando se acabe la última sirvienta, se levantará la primera rebelde. Nosotras pensamos que eso sí tuvo mucho que ver, porque el movimiento fue de clase media en todas partes, y aquí ser clase media era diferente: no es lo mismo ser una profesora o profesor universitario norteamericanos sin empleada doméstica, que un profesor universitario mexicano que siempre tiene quién se ocupe del trabajo doméstico.

R.C.: Sí, lo que también pasa es que allá la clase media es una clase en serio y aquí la clase media es pequeña y ahora se reduce más. Yo creo que cuando Betty Friedan dice: “esto es una revolución”, lo está diciendo no porque sean sus colegas o sus pares, sino porque son cientos de miles de mujeres, a las que ella no ha visto jamás, las que se plantean la cuestión. Yo creo que en México no ha habido un momento como ése.

Si la heterogeneidad y la desigualdad de nuestro país pesan para cualquier proyecto político de reivindicación o transformación social o progresista —y la izquierda sigue sin asumir eso—, si estas desigualdades abismales pesan sobre la izquierda en general, yo creo que definitivamente tienen que pesar mucho más sobre algo que es, en efecto, como dice Betty Friedan retóricamente, “la gran revolución”. El feminismo sí modifica los aspectos esenciales de las relaciones sociales como las conocemos.

d.f.: Además de como político, quisiéramos también una respuesta como hombre intelectual, ¿por qué el feminismo no ha logrado entrar a la discusión intelectual?

R.C.: Creo que en México la intelectualidad tampoco ha sido nunca ni muy amplia ni muy ambiciosa en sus intereses. De la crisis para

acá, alrededor del 88, la intelectualidad se volvió muy reductiva y se ha dedicado básicamente a hacer oposición, a ser enemigos del gobierno o a divulgar ideas. Pero no hay un mundo de ideas en México. Así como Paz le reclama a la izquierda, y pienso yo que con razón, y es para lamentarlo desde la izquierda el que no se le haya tomado la palabra para discutir con él. A la mejor no hubiera sido posible por el estilo que él tiene, pero tiene todo el derecho a decir que él planteó una discusión y la izquierda no le hizo caso.

La izquierda nunca abordó el tema de la URSS, y ahora tampoco el de la caída del socialismo, salvo algunos intentos, por cierto no sistemáticos, esporádicos como los que ha hecho Roger Bartra desde la perspectiva primero comunista y ahora la que sea. Pero muy poca gente más recogió ese desafío, el de Paz nadie y el de la realidad casi nadie. La izquierda ha estado empeñada en sobrevivir, en no perder el tren. De repente le salió un tren que no esperaba, que era otra vez el del nacionalismo revolucionario y se metió al tren, y últimamente descubre a los indios. En eso está ahora. No hay un mundo intelectual que esté sobre los debates de más fondo; no sé si alguna vez lo tuvimos, pero ahora está entre paréntesis según mi opinión. El hecho mismo de que lo fundamental de la situación intelectual se dé en la prensa ya te da una idea de lo que significa.

Por otro lado, los estudios de género pues son eso, *estudios de género*, proyectos académicos que derivan en ponencias que se intercambian dentro de un círculo, y por otro lado está el círculo de historiadores, el círculo de politólogos y más ampliamente la clase electoral que llamamos algunos, la gente especializada en la reforma, pero esto que era la intelectualidad pública —lo que los norteamericanos llaman *the public intellectuals* o *the public philosophers*— no existe. No hay el contexto para discutir este tipo de temáticas, es muy reducido, no hay un *continuum* sino que se va de un punto a otro. De repente sí se antoja, casi diría yo peyorativamente, hablar del problema “mujer”. ¿Por qué? Pues porque hay unas mujeres que dicen que son comandantes o subcomandantes, que están armadas y unas mujeres que encabezan tomas de tierras o de palacios municipales, entonces dices “¡Ah, caray!, las mujeres”. Ahí puedes convocar a un debate y lo habrá, pero eso no tiene continuidad; tiene otro punto en el espacio y en el tiempo, pero te podría asegurar que el segundo debate al que convoques no va a tener diferencias con el primero, casi estoy seguro, pues así ocurre en otros temas importantes.

Creo que como intelectuales nos hemos desperdigado, desordenado, desarticulado y eso hace mucho mal a la creación de un verdadero contexto intelectual que exija a los demás y que se exija a sí mismo. La ficción en la que vivimos es parte de la crisis cultural de México, de la crisis ideológica formidable que vive el país, porque la ideología que articulaba al Estado y al país, que era la de la Revolución mexicana, también periclitó.

d.f.: ¿Tú ves en tus hijos, en los amigos de tus hijos y en esa generación más cambios con respecto a las pautas hombre-mujer que lo que nosotros vivimos generacionalmente, o sientes que hay ciertas constantes?

R.C.: Yo veo más cambios, por lo menos en mis hijos y sí, sobre todo en mis hijas. Por lo menos veo que está más o menos esclarecido lo elemental de su afirmación, de su identidad, de su autonomía y de su capacidad de ser iguales a los otros. ¿Lo van a lograr o no? No lo sé; pero sí que está esclarecido. Desde chicas, una adolescente y otra ya en la primera adultez, me da la impresión de que no tienen mayores problemas en ese sentido.

d.f.: ¿Tú crees que eso se da básicamente en cierta clase social o tiene que ver con que en su casa hubo una influencia feminista?

R.C.: Yo creo que tiene que ver con la visión feminista de las madres y tal vez de la familia toda. Quizás es muy ambicioso decirlo así, pero creo que sí hay una visión feminista de la vida, no sé si totalmente desarrollada o no, pero hay una visión feminista. Creo que en nuestra familia ha permeado eso hasta llegar a una percepción, por lo menos a una sensibilidad al respecto, de que esto no es una puntada, no es una ocurrencia, no es un exceso, sino que es algo importante.

d.f.: ¿Cómo ves la situación actual del feminismo?

R.C.: Veo que hay una distancia entre el discurso feminista que se mantiene y desarrolla a lo largo del tiempo, y las nuevas realidades sociológicas y políticas que se relacionan con las mujeres en general. Yo creo que en este segundo aspecto hay cambios muy importantes, que tienen que ver con el papel de la mujer en el mercado de trabajo, lo que trae implicaciones para atrás, o sea, la familia y hacia adelante, las relaciones entre ellas y con los demás. En materia de política y de movilización social hay un gran futuro, porque la mujer destaca como activista, no sólo como soporte del activismo, sino como activista ella misma, como dirigente, como convocante, como estimuladora de muchos tipos de movilización.

Creo que para el movimiento feminista resultó muy atractiva esta aparición de la mujer de los sectores populares, de la mujer trabajadora como sujeto de la acción política y social, sobre todo del temblor de 1985 para acá. Y claro, el feminismo lo buscó; lo más conocido fue el establecimiento de relaciones con las costureras, y con su dirigente la señora Evangelina Corona. No sé qué tanto esta movilización de mujeres continuó. Quizás ha ido descubriendo, en cada caso, los elementos que forman el discurso feminista. Pero, básicamente, lo que uno encuentra es una movilización de la mujer como ciudadana o como subordinada en el trabajo y no tanto en el sentido planteado por el feminismo.

Es probable que esta diferencia de tiempos y continuidades entre el discurso del movimiento feminista y el movimiento social propiamente dicho permita que, en un nivel masivo, el feminismo mexicano del futuro no pase necesariamente por lo que las feministas mexicanas ya pasaron, que fue una especie de guerra civil entre los sexos, en la familia, y también una guerra civil con el resto de los grupos políticos e intelectuales con los que debía haberse articulado de otra manera. La visión del feminismo mexicano en los años setenta, como lo sugería al principio, era todavía una visión de guerra civil; al menos la retórica era de guerra civil.

El feminismo más avanzado ha descubierto que esa visión de guerra civil tiene limitaciones, e incluso puede producir reversiones en algunos casos, puede aislar movimientos, puede aislar interpelaciones. Y de ahí que por ejemplo Betty Friedan se plantee recientemente, como muchos otros hombres y mujeres en Estados Unidos, lo que parece muy importante, al menos como búsqueda en este mundo desastroso del neoliberalismo y del posmodernismo: el posible significado moderno de la idea de comunidad. Friedan dice: ahora a la mujer le interesa la idea de comunidad, el proyecto de comunidad, participar activamente en una posible reconstrucción de la comunidad, que le dio tanta fuerza a la sociedad americana.

¿Cuál sería el equivalente mexicano? No lo sé. Yo creo que el redescubrimiento del pobre y el indio lleva a una mitificación de la comunidad como la conocemos en México; como reacción lleva a muchos despropósitos, pero ése es otro tema. El hecho es que sí tenemos que buscar algún equivalente. Uno de los temas a plantearnos sería: ¿cuál puede ser un feminismo activo, transformador, que al mismo

tiempo no tenga que pasar por la experiencia de guerra civil? Hay sin duda una experiencia comunitaria que podríamos llamar “moderna” en México, que es la de las ciudades; ahí hay una vida real de comunidad o una búsqueda de creación de comunidad. Los barrios, donde se vive la desolación, la agresión del resto de la sociedad urbana, la soledad, la carencia y la precariedad, pasan a ser elementos increíblemente activos de todo lo que significa el paquete social de la vida mexicana. Quizás ésa sea una veta que habría que explorar, pensar y repensar, sobre todo ahora, que de una manera o de otra, los temas propios de la política social son los del feminismo.